

Encuentro número 3

J. G. H. TESTIGO DE FE:
MÉDICO DE LOS POBRES

HAZ
EL
BIEN



J. G. H. TESTIGO DE FE: MÉDICO DE LOS POBRES

*Se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías: Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades.
(Mt 8, 16-17)*

*Los pobres siempre serán lo primero para mí. Nunca los abandonaré. Ellos significan para mí algo muy grande.
(José Gregorio Hernández)*

Ambientación

En el lugar del encuentro se pone una mesita con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, la virgen y José Gregorio Hernández, con cajitas de medicamentos, récipes, etcétera. Se escribe un cartel con el nombre del encuentro. Se coloca como música de fondo el himno a J. G. H.

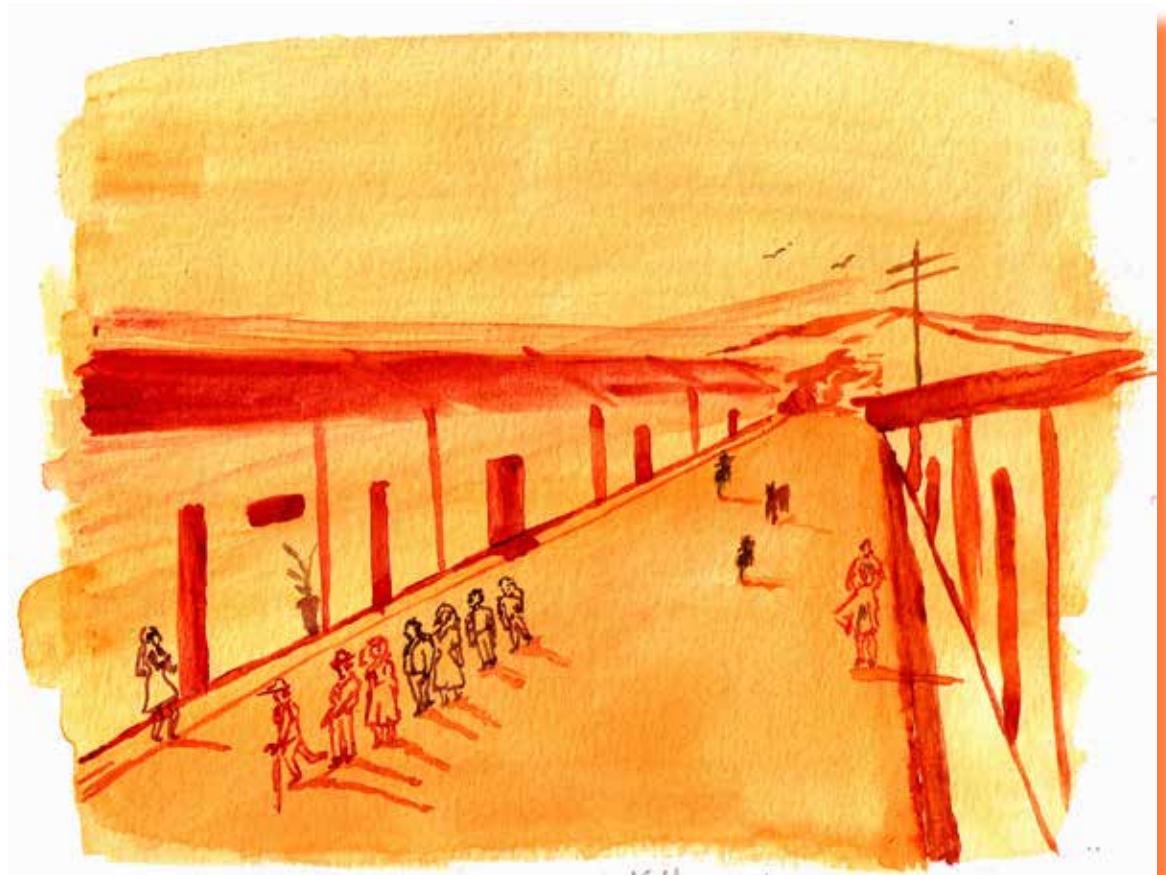
Oración inicial

Señor Jesucristo, que curaste a tantos pobres que se acercaban a ti y te pedían angustiados su curación, te pedimos que surjan hoy día muchos médicos que se dediquen como José Gregorio a curar a los enfermos, especialmente a los más pobres y necesitados. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén

Sagrado Corazón de Jesús/ en vos confío
Santa María/ ruega por nosotros
José Gregorio Hernández/ ruega por nosotros

Contemplemos la vida de J. G. H.

José Gregorio Hernández es un profesor muy reconocido y un médico muy estimado que atiende pacientes en su casa. Como todos los días cerca de la una del mediodía, se ha formado una pequeña cola delante de la casa del Dr. Hernández en La Pastora. Él atiende gratuitamente a todos los que se acerquen por allá. La voz se ha regado y con frecuencia le falta el tiempo para atender a tantos hombres y mujeres pobres que han puesto en él la esperanza de curarse. Incluso les regala algún dinero cuando ve que no pueden pagar la receta. Su manera de atención, no era solo a los síntomas de la enfermedad, sino a la integralidad de la persona, adelantándose a los tiempos con una visión holística de la medicina. Comenta el Dr. Yáber, uno de los biógrafos más importantes, en su libro *J. G. H. hombre de Dios, siervo de los enfermos*, que “[...] era Hernández un psicólogo consumado [...] hacía gala de sus palabras para llevar paz, mitigar y consolar al doliente [...] fue pionero de la medicina psicosomática”



Al regresar de Roma, después del último intento frustrado de hacerse sacerdote, los aires de Caracas le devuelven una salud que creía perdida. Abre su consulta en su casa de La Pastora y comienza a diagnosticar gratuitamente a aquellos pacientes que él veía, por su aspecto, que no podían pagarle. Hombre metódico y ordenado, le gusta llevar una vida casi monástica, en la que la oración matutina y la misa diaria, el desayuno, las visitas a los pacientes, el almuerzo, la atención gratuita a los pobres, las clases en la Facultad de Medicina, la lectura vespertina y el examen de conciencia constituyen una rutina de la que difícilmente se aparta.

José Gregorio, siempre al tanto de todos los adelantos modernos, es el primero que manda instalar un teléfono en su consulta y así se ahorra las visitas a las farmacias, donde ya lo conocen y le atienden los pedidos. La gente le ve admirada cómo manipula la manivela, pide la conexión y luego habla con naturalidad a ese tubo extraño y maravilloso. El doctor Hernández va cobrando fama entre la gente sencilla como hombre generoso y moderno, como médico excelente y abnegado, que visita a todos, pobres y ricos, y a todos atiende por igual. Alguien se le ha ocurrido llamarle “el médico de los pobres” y con ese apelativo se le nombra y con ese título pasará a la posteridad.

Cuando J. G. H. muere inesperadamente en el accidente de carro que le cuesta la vida, ese título de médico de los pobres cobra su vigencia más evidente. Fue velado en el paraninfo de la Universidad, y desde

allí el féretro salió a la calle, acompañado por toda la ciudad de Caracas. Cerraba la comitiva la Banda Marcial, dirigida por el maestro Pedro Elías Gutiérrez, tocando las marchas fúnebres acostumbradas, en dirección a la catedral. El arzobispo había dispuesto que el cadáver fuera conducido a la catedral desde el paraninfo, para recibir un homenaje eclesiástico, algo insólito, puesto que ningún personaje de la vida pública venezolana, y menos un seglar, había recibido hasta entonces un tributo semejante. Todo el capítulo de altos dignatarios eclesiásticos, el deán, monseñor Nicolás Eugenio Navarro, que había conocido a José Gregorio en el Seminario Metropolitano, y todo el clero secular y regular estuvieron presentes en los actos religiosos, que consistieron en el rezo cantado del oficio de difuntos y en la bendición general. Al salir de la catedral, esperaba la carroza fúnebre. La muchedumbre no cabía en la calle, se apretujaba para estar lo más cerca del difunto más querido que tuvo la ciudad. Cuando fueron a introducir el féretro en la carroza, una voz se alzó de entre los presentes, que inmediatamente fue coreada por los circunstantes:

– “El doctor Hernández es nuestro! ¡El doctor Hernández es nuestro! ¡El doctor Hernández no va en carro al cementerio!”. Y así fue llevado durante horas hasta el cementerio a hombros de personas de todas las clases sociales, especialmente de los pobres, que lo sentían suyo. El pueblo quiso manifestar de esta manera tan gráfica que José Gregorio era una persona entrañablemente arraigada en sus sentimientos.

Conversemos sobre la vida de J. G. H.

- Reconstruyamos la narración escuchada. ¿Cómo es la atención y el trato de J. G. H. para con los enfermos, y para los más pobres?
- ¿De dónde le viene el título de médico de los pobres? Expliquen con ejemplos.

Miremos nuestra realidad

La medicina y la santidad se unen en José Gregorio de una forma estrecha e íntima, que contrasta fuertemente con la situación de la salud que en estos momentos se está viviendo en Venezuela. Enfermedades como el tifus, la malaria, la disentería, la tuberculosis, el sarampión y la difteria prácticamente habían desaparecido por la medicina preventiva de las vacunas o la mejor alimentación. En estos últimos años de la segunda década del siglo XXI han vuelto a reaparecer de una manera inesperada y masiva, cuando parecían definitivamente controladas.

Entre 2008 y 2015, solamente se registró un caso de sarampión (en 2012). Desde junio de 2017, se han informado más de 9.300 casos de sarampión, de los cuales se confirmaron más de 6.200. No hubo en Venezuela ningún caso de difteria entre 2006 y 2015, pero desde julio de 2016 se han reportado más de 2.500 presuntos casos, incluidos más de 1.500 casos confirmados.

Venezuela es el único país del mundo donde numerosas personas con VIH se han visto obligadas a suspender su tratamiento debido a la falta de disponibilidad de medicamentos antirretrovirales. Un informe de 2018 de la OPS (Organización Panamericana de la Salud) estimó que casi nueve de cada diez venezolanos con VIH registrados por el Gobierno (69.308 de 79.467 personas, o el 87 %) no estaban recibiendo tratamiento antirretroviral, aunque se desconoce la cantidad total de personas que necesitan medicamentos antirretrovirales. (Human Rights Watch – Johns Hopkins University, La emergencia humanitaria en Venezuela, 2018)

El sector salud es de los más afectados por la emigración; miles de médicos y enfermeras, obligados por la necesidad, se han ido a otros países buscando oportunidades. Los que quedan, son héroes que trabajan en condiciones paupérrimas y con bajo salarios, les mueve el amor por su vocación.

- ¿Has experimentado problemas de salud y cómo has sido atendido? Compartir experiencias.
- ¿Cómo nos sentimos ante estos casos concretos? ¿Qué esperamos? ¿Qué podemos hacer como ciudadanos?

La Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos

Mt 8, 16-17: “Al atardecer le trajeron muchos endemoniados. Él con una palabra expulsaba a los demonios, y todos los enfermos se curaban. Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías: Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades. (Is 53, 4).”

La palabra de Jesús es sanadora. La actuación de J. G. H. fue también sanadora.

- Imaginemos un día de Jesús, como lo cuenta el evangelio. ¿Cuántos enfermos se acercarían y qué le pedirían a Jesús? Los “endemoniados” eran enfermos con trastornos mentales, sobre todo. ¿Cómo los atendía Jesús?
- J. G. H. como médico, se inspira en la actitud de Jesús, por eso su cuidado por los enfermos y su atención a toda la persona y a sus condiciones de vida. ¿Conocemos médicos que tratan al paciente de manera integral y con respeto? Tenemos alguna experiencia personal.
- ¿Qué desafíos para nuestra situación en medio de una pandemia y la reaparición de enfermedades encontramos? ¿Qué podemos hacer como ciudadanos?
- ¿Cómo se puede describir mi actuación con los enfermos, con los cercanos y con los lejanos? ¿Puedo decir que salen aliviados, confortados, con mi trato y visita? Recuerdo alguna experiencia.

Momento celebrativo

Entre los miembros del grupo se puede recordar a algún pariente próximo, a un amigo o incluso a un desconocido, que se vio aquejado de una enfermedad grave. Pueden recordar cómo actuaron con ellos y si aparece una situación semejante, quisieran actuar de otra manera. Se puede prender una velita para recordarlo (si ya es difunto). Invitar a hacer una oración con sus propias palabras por las personas que recordaron.

Finalizar con el Padre Nuestro y un Ave María.
Sagrado Corazón de Jesús/ en vos confío
Santa María/ ruega por nosotros
José Gregorio Hernández/ ruega por nosotros

Compartir la mesa

J. G. H. acostumbraba merendar con una taza de chocolate y una acemita con queso de año. Compartir la mesa en familia en nombre de Dios obra milagros en nosotros. Procuremos que sea un espacio ameno, con música venezolana de fondo. Se trata de un encuentro agradable, donde se exprese lo más genuino de nuestra venezolanidad, porque “José Gregorio Hernández es nuestro”.

